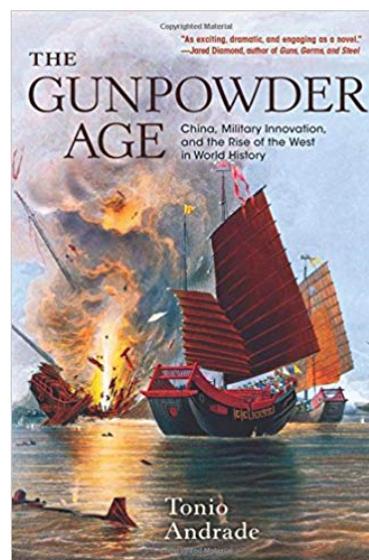


Tonio ANDRADE: *The Gunpowder Age. China, Military Innovation, and the Rise of the West in World History*, Princeton, Princeton University Press, 2016, 432 pp., ISBN: 978-0-691-17814-1.

José Francisco Vera Pizaña
Universidad Nacional Autónoma de México

La divergencia militar entre China y Occidente

En su más reciente obra, *The Gunpowder Age. China, Military Innovation, and the Rise of the West in World History*, el historiador Tonio Andrade continúa la tendencia moderna que ha seguido algunos académicos en su intento por justificar la teoría de la Revolución Militar a partir de la extrapolación de sus postulados hacia otras regiones fuera de Occidente. En este sentido, las recientes investigaciones han intentado demostrar que la Revolución Militar —si es que existió— tuvo sus orígenes o, al menos algunas de sus características más importantes, fuera de Europa. Aspectos como el adiestramiento generalizado de las tropas, el uso de armas de pólvora, la táctica de contramarcha y el fuego de volea, así como el Estado fuerte que impulsa estos cambios, pareciera encontrar sus primeras manifestaciones en Asia, específicamente en China, así como en Corea, Japón y el imperio otomano.



Además, la pregunta historiográfica que ha motivado a los historiadores occidentalistas desde la escuela de Geoffrey Parker, “¿cómo Occidente logró posicionarse como la fuerza militar más importante del mundo?” deja de tener el peso historiográfico que tenía hacía más de diez años y se modifica en función de problemáticas más externas: “por qué otros Estados militares no lo lograron imponerse a Occidente”. Así pues, Tonio Andrade sigue esta última línea y nos lleva a través de la historia de China, sus conflictos dentro de sus fronteras y fuera de ellas, primero contra sus vecinos asiáticos y eventualmente contra los europeos. Esta larga historia de China nos demuestra que el predominio Occidental es, en realidad, muy reciente si lo comparamos con la historia independiente y entrelazada de ambas culturas.

A lo largo de los dieciocho capítulos que contiene el libro, el autor hace un recorrido de la historia tecnológico-militar de China, desde el descubrimiento de la pólvora en el siglo XI, hasta la decadencia del imperio y sus intentos de reformas militares a finales del XIX. Los primeros cuatro capítulos que integran la primera parte “Chinese beginnings”, Tonio Andrade centran su análisis en la dinastía Song (960-1279) y la describe como una de las más adelantadas de su tiempo —en comparación con Europa— tanto en el plano urbano como en el militar, pero que se vio inmersa en una crisis cuando los mongoles comenzaron a invadir sus tierras. Ello implicó un dinamismo en la im-

plementación de nuevas formas de hacer la guerra, el desarrollo y adopción de nuevas armas y tácticas para luchar contra sus enemigos —en las que se destaca el uso de la pólvora (cuya primera mención data de 1044)— y la generalización de las armas de fuego, tanto para la guerra en tierra como en mar. Estos desarrollos le permitieron a la dinastía Ming aplastar las revueltas en sus provincias, iniciando una nueva tendencia en el desarrollo de armas de fuego que durará hasta bien entrada la Modernidad del siglo XVI: la artillería antipersonal.

La segunda parte del libro “Europe gets the gun” (compuesta de cinco capítulos), da cuenta de la adopción y el desarrollo de las armas de fuego en Europa desde principios del siglo XIV. La primera referencia escrita que se conserva sobre armas de fuego en Europa aparece en un decreto florentino de 1326, pero la primera representación pictórica se encuentra en el tratado de Walter de Milemete, *De nobilitatibus, sapientiis et prudentiis regum* (también de 1326). En este libro, el arma se asemeja a una pequeña vasija de metal acostada sobre una meza, de cuya boca se dispara lo que parece ser una flecha. Su primer uso en batalla —hasta donde se tienen registros— fue en Crécy en 1346, cuando el rey inglés Eduardo III derrotó al rey francés Felipe VI. Aquí se marca una gran diferencia entre el uso de las armas de fuego entre Europa y China: los europeos no invirtieron en armas de fuego para su uso en batalla, por lo que Crécy se vuelve un evento paradójico en la historia militar occidental; al contrario, China sí se preocupó por el empleo de armas pequeñas en los campos de batalla. Por otro lado, Europa comenzó a destacar a lo largo del siglo XV por la construcción de grandes armas de fuego destinadas para la guerra de sitio, algo en lo que China no se concentró. ¿Por qué se produjo esta divergencia? Andrade sugiere que la respuesta está muy alejada de la idea de que “China era un imperio unificado y por ello no construía murallas”; más bien, las murallas chinas, al ser más gruesas, eran mucho más eficaces para resistir los bombardeos. Así pues, a finales del siglo XV ocurrió lo que Andrade llama “la primera gran divergencia”, pues China, al entrar en un periodo de paz relativa y Europa, al iniciar su proceso de expansión por Asia —y de guerra continua en el continente—, los occidentales terminaron por desarrollar armas de fuego mucho más eficaces para la guerra con las cuales llegaron a enfrentarse a China a partir del siglo XV.

En la tercera parte de su libro, “An age of parity” (compuesto de seis apartados), el autor continúa su estudio de la interacción militar entre China y Occidente. Sugiere que el prejuicio del confucionismo como antagonista del desarrollo tecnológico y militar está, por demás, equivocado. En cambio, demuestra que muchos estrategas, fieles practicantes de la religión, nunca fueron reacios a la práctica militar y, de hecho, buscaron aprender de los occidentales para desarrollar estrategias para enfrentarlos con mayor eficiencia. Este eclecticismo les permitió a los chinos combinar ambas tecnologías para crear armas que representaban las mejores cualidades de los dos mundos. Aquí el autor da su visión de la moderna tendencia historiográfica de la Revolución Militar, pues concluye que los chinos fueron los primeros en adoptar el fuego de volea como una forma de aprovechar las armas de fuego de mano en el campo de batalla. Pero esto no puede considerarse una innovación del siglo XVI —como sí lo fue para los europeos, que comenzaron a usarlo desde 1522—, sino como parte de una tradición antiquísima que podría rastrearse al periodo de 475-221 a.C. En este sentido, para los chinos no fue una novedad el uso del fuego de volea, pues lo único que hicieron fue sustituir a los arqueros y ballesteros (desde el siglo XIV) por soldados con mosquetes.

Pero China no fue la única comunidad en desarrollar esta forma de lucha. Tonio Andrade sugiere que el uso de mosquetes y el fuego de volea fueron elementos bien aceptados en otras regiones del este asiático desde finales del siglo XV, como Japón y Corea. Pronto comenzaron a adoptar las armas de fuego —primeros arcabuces y después mosquetes que llegaban a comprarle a los portugueses—, desarrollaron el fuego de volea y comenzaron a usar la contramarcha en sus batallas, aunque con diferencias en la proporción de arqueros y lanceros, así como en la forma en que realizaban los movimientos.

Otro elemento del que se preocupa el autor son los enfrentamientos directos entre China y los occidentales desde el siglo XVII, especialmente los holandeses asentados en Taiwán y los cosacos desde la frontera coreana. Lo interesante es que todos manejaban los mismos elementos de la Revolución Militar: un adiestramiento constante, disciplina, fuego de volea y contramarcha, pero en territorio asiático, terminaron por darle la ventaja a los chinos y sus aliados. Pero China no solo se impuso a los occidentales en tierra, también lo hizo en mar —aunque fue un proceso mucho más complicado que en tierra—, adoptando y mejorando los sistemas de armamentos europeos —cañones de avancarga— y desarrollando navíos dedicados específicamente a neutralizar los europeos. Ello prueba, una vez más, la capacidad de los chinos para observar, adoptar, experimentar y desarrollar sus propios sistemas de armamentos y tácticas para neutralizar a los occidentales. A pesar de todo, concluye el autor, queda un factor característico de la Revolución Militar que logró darle una ventaja relativa a los europeos: los nuevos diseños de fortalezas de bastión o “traza italiana”. Si bien al final la gran mayoría de las fortalezas terminaron por ser conquistadas por los chinos, el costo fue muy duro y en ningún momento se debió a que fueron tomados por asalto o bombardeo, sino por hambre o a la fuerte presión de los sitiadores. Finalmente, más allá de todos estos desarrollos técnicos, la gran ventaja que poseían los chinos —sugiere Tonio Andrade— era la logística, pues los europeos nunca pudieron competir con la capacidad de movilizar recursos y hombres por parte de China.

La última parte del libro, “The great military divergence”, busca explicar la pérdida de poderío chino que a mediados del siglo XIX y cómo los ingleses lograron derrotarlos durante las Guerras del Opio. Al respecto, la explicación clásica de que Inglaterra era un país industrializado en comparación de China no termina por responder la pregunta; más bien, el autor sugiere que el desarrollo de la ciencia experimental europea del siglo XVIII tuvo un papel de gran importancia en este conflicto. Tampoco descarta el largo periodo de paz que trajo consigo la nueva dinastía china desde 1760 hasta 1839. Como las fronteras permanecieron relativamente tranquilas y las amenazas externas se mostraron incapaces de imponerse al gobierno chino, no sería erróneo pensar que se llegó a un equilibrio en la potencia de fuego del armamento; por lo tanto, ya no era posible que las armas alteraran drásticamente el desarrollo de los conflictos, por lo que ya no era necesario incentivar el desarrollo de estas. Al mismo tiempo, parece ser que la paz generalizada se tradujo en una degeneración en el adiestramiento y la disciplina general de las tropas chinas, las cuales no tuvieron oportunidad contra las tropas inglesas.

Tras la derrota de la primera Guerra del Opio, China no se encerró en su mundo ni se mostró reacio a rechazar todo lo occidental. Al contrario, se buscó modernizar al ejército, pero como explica

el autor, fracasaron en implementar las reformas necesarias, no tanto por el confucianismo o la debilidad del emperador, sino por los grupos de poder que temían la pérdida de sus privilegios y no vieron en la derrota contra Inglaterra un motivo suficiente para modificar al ejército. Finalmente, tras su derrota en la guerra sino-japonesa (1894-5), los chinos se dieron cuenta de que no podían cerrarse a la nueva realidad de la guerra moderna. Finalmente se vieron obligados a instaurar reformas de modernización en el ejército, en los arsenales y en las técnicas de combate. El libro termina cuando comienzan a generalizarse compuestos químicos mucho más potentes y discretos que la pólvora. Termina la historia de este compuesto químico, pero su legado perdura hasta nuestros días.

Mención aparte merece el análisis que hace Tonio Andrade sobre de la teoría de la Revolución Militar. El historiador toma como modelo interpretativo —aunque no exclusivo— del historiador británico Geoffrey Parker: factores como el adiestramiento, las armas de fuego, las armadas integradas con artillería y el uso de fortalezas de bastión, impulsaron la expansión de occidente desde el siglo XVI. Sin embargo, lo que Andrade considera una de las grandes cualidades de la teoría, esto es, su flexibilidad para adaptarse temporal y espacialmente a distintos estudios de casos es, en realidad, uno de sus puntos débiles. Puesto que la teoría se ha “estirado” para alcanzar distintos periodos que bien podrían ser considerados como revolucionarios por los estudiosos del tema — Edad Media, el Renacimiento y la Modernidad—, lo único que muestra es su imposibilidad de establecer un periodo verdaderamente revolucionario. En este sentido, si existen muchas revoluciones militares para explicar los distintos cambios en la forma de hacer la guerra, entonces la idea misma de una “revolución” se vuelve poco útil como una forma de explicar los procesos históricos.

Ahora bien, una de las grandes aportaciones del trabajo de Tonio Andrade es que alcanza a develar algunos de los mitos más arraigados en las explicaciones occidentalistas sobre la historia de China. Su desarrollo militar no puede reducirse al aspecto religioso del confucianismo, ni tampoco a la idealización de que China era un pueblo unificado y pacífico; tampoco se puede reducir a la explicación heroica de la resistencia china ante el embate de los mongoles. Como sugiere el autor, la historia de China es mucho más compleja de lo que hemos creído. En ella prevalece la competencia para crear armas y modelos militares más eficientes; así como la innovación, la adopción y la transformación de la tecnología interna y externa. La religión o el idealismo no detuvieron la modernidad china, al contrario, impulsaron las ventajas y transformaciones con las que lograron defenderse de la expansión europea; y lo hicieron tan eficientemente, que permanecieron como un estado fuerte e independiente durante cuatro siglos.

Finalmente, valdría la pena concentrarse la postura del autor respecto a la divergencia entre China y Occidente de mediados del siglo XIX. De nuevo, la respuesta no se encuentra un elemento a veces obviado o poco estudiado por los especialistas: la diferencia entre la ciencia europea y la china. En efecto, parece ser que la ciencia experimental que surgió en el siglo XVIII, les permitió a los europeos desarrollar armas mucho más precisas gracias a los experimentos con balística, que utilizaban pólvora cada vez más fina y potente, y que era bien manejada por militares profesionales que se habían educado en escuelas en las que aprendían modelos matemáticos que podían ser usados en batalla. Si en los enfrentamientos entre China y Europa anteriores al siglo XVIII, China podía co-

piar y adoptar la táctica y tecnología Occidental, para la guerra contra Inglaterra en 1839, la divergencia fue tan abrupta que no pudieron hacerles frente a los invasores.

The Gunpowder Age no tiene desperdicio, especialmente para los que recién se adentran en los estudios militares asiáticos. También es un libro recomendable para conocer la historia de la pólvora más allá del proceso occidental, con lo cual uno comprende lo poco que sabía sobre la historia de dicho compuesto químico. Aun así hay que tener cuidado con las cuestiones sobre la Revolución Militar y preguntarnos ¿realmente podemos medir una Revolución Militar?